



GARRIGA MISTRAL SE VA...

Publicado en la
 Revista Atlántida n° 118
 Marzo, Abril
 "En el Tíjero"
 Mayo 1958

sin duda alguna, Gabriela Mistral, ocupa, entre los líricos modernos, un enviable lugar. Lo ha dicho, en Méjico, el poeta español Francisco de Villaspesa a muchos poetas i periodistas, haciendo el balance de la poesía americana. Ya todos sabemos que sus "Sonatas de la Muerte" fueron premiados con la más alta recompensa en un concurso literario al cual se presentaron alrededor de cien poemas; sabemos también que sus sentidas i hondas poesías son disputadas por revistas de España, la Argentina, Centro América. Pero muy poco se sabe de su vida de hogar, de sus costumbres sencillas, de su atractivo carácter. Se la ha presentado, en alguna ocasión, como una mujer complicada i agraria, i es una perfecta campesina, acojedora e injerua.

Cuando la vimos por primera vez, con su estatura imponente, rememoramos, sin prurito de hacer literatura con ella, a las antiguas romanas de porte austero i severo mirar. Después, hemos intimado, hemos cambiado juicios artísticos i comentarios sobre la vida cotidiana i podemos decir que es comunicativa, simple i humilde con los pobres, altiva, sin soberbia con los ricos i de un lenguaje delicado a la vez que vehemente.

A unos dos kilómetros de Los Andes, hay un villorrio pintoresco llamado Coquimbito. En este villorrio, llama la atención de todo viajero una casita rodeada de ranchos de inquilinos i de grupos de árboles. Llamaremos ésta LA CASITA ALEGRE DE UNA MUJER TRISTE. No pude elegir mejor refugio la maestra i el poeta.

Subimos a ella. Estamos en el balcón que da al camino, camino rural, polvoroso i lleno de sugerencias. La casa señorial de la hacienda se ve no muy lejos. Nosotros estamos en un extremo del balcón. Gabriela en el otro. Aprovechamos un descuido suyo i ;pafl! una instantánea.

Pasamos al corredor interior i nos saluda el paisaje más sugerente que darse puede. Primero, la vía del Transandino; el río, a dos pasos un cerro con chozas de pastores; luego, los potreros de la hacienda; al fondo, finalmente, la Cordillera decorada ya por el crepusculo.

Barack Canut de Bon, nuestro acompañante, nos dice: aquí está el cuadro; i efectivamente: entre dos pilares, la techumbre i el piso, está encuadrado perfectamente. Lo fotografiamos.

- ¿I qué nos dice usted de su estadía en Los Andes?, preguntamos a Gabriela.

- Que he vivido aquí los años más intensos de mi vida, que todo se lo debo a este sol traspasador, a esta tierra verde i a este río. Hasta tal punto fijé mi corazón en este paisaje hebreo de montañas tajendas i paupéreas, que quiera llamar a Los Andes mi tierra nativa, la de mis preferencias. La otra, Coquimbo, ni me dió jamás la misericordia de esta paz, ni fué para mí otra cosa que un sorbo renovado de salmuera i de hiel.

I no solamente que aquí haya escrito casi todos mis versos; es, por sobre todo, que aquí me han dejado ser la maestra que Dios quería de mí. Esto es lo único digno de contarse: he enseñado seis años en su pueblo, bajo la dirección de una educadora¹ cuya vida profunda i pura ha puesto en mí los breves toques de luz que mi conciencia mira en mí misma. No tengo el recordamiento de haber robado nada a mi escuela. La literatura jamás fué un fin para mí. El colegio me ha bebido toda la juventud. Mi sensibilidad, mi pequeña cultura, mis grandes entusiasmos, todo lo he dado a la profesión. Soi pobre; este tesoro de juventud era mi único tesoro i se lo entregué de una manera absoluta.

Ha sido un Ministro andino don Pedro Aguirre Cerda, quien trajo hasta mi rincón de montaña el ofrecimiento de un ascenso. Se trata de un educador altísimo i de un político que es toda una hermosa figura moral i aceptó la hora que significa un nombramiento que lleva su firma.

Ahora, Gabriela Mistral, a instancias nuestras, nos va a mostrar sus sitios predilectos. En el fondo del huerto, hay una puerta que da al río. Pasamos cerca de un dique solitario que ella llama SU ALAMO i que docina la casa, vamos hacia Los Maitenes. Anotamos estos nombres para que perduren, porque Gabriela Mistral se nos va i algo suyo deberá quedarnos en estos árboles, en estas riberas que la han visto vivir.

En Los Maitenes tomamos algunas vistas i regresamos por otro sendero, un callejón con ranchos de inquilinos. Aquí vemos esta escena significativa.

Dos chiquitinas descalzas, al divisar a Gabriela, salen a encontrarla, entre gritos de - ¡La señorita Lucila!² ya ha vuelto i no se va

Este detalle conmovedor i otros que nos toca ver, al pasar por todas las casas pobres, demuestran la estimación i el respeto que ha habido aquí, por ella. Jentes humildes, no sintieron al acercárselas el frío y la distancia que suele separar a la secundaria de nuestro pue-

(profesa)

Ensayo

Libros y documentos

AUTORÍA

Anónimo/desconocido

FORMATO

Documento

TÉCNICA

Papel-, Tinta-

DIMENSIONES

Alto 33.3 cm - Ancho 21.5 cm

DATOS DE PUBLICACIÓN

Objeto usado para desarrollar ideas sin un aparato erudito. Bidimensional, de formato rectangular. Compuesto por dos hojas blancas con letras predominantemente mecanografiadas y manuscritas en la esquina superior izquierda, ambas color negro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[SURDOC](#)

INSTITUCIÓN

[Museo Gabriela Mistral de Vicuña](#)

UBICACIÓN

[Gabriela Mistral 759, Vicuña, Región de Coquimbo, Chile](#)